Gaza, última estación

José Luis Galar

Gaza, última estación

José Luis Galar

avant
editorial
www.avanteditorial.com

Primera edición, abril de 2026
© José Luis Galar, 2026

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 979-13-88206-45-0
THEMA: FHD - FBA - 1FBH
DEPÓSITO LEGAL: M-11854-2026

¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina reúne bajo sus alas a los pollitos, y tú no quisiste!

(Lc 13,14)

Cuando estuvo cerca y vio la ciudad, se puso a llorar por ella, diciendo: ¡Si tú también hubieras comprendido en ese día el mensaje de paz! Pero ahora está oculto a tus ojos.

(Lc 19,41-42)

1

«Si el asalto de Hamás se hubiera producido veintiún días antes, yo estaría muerto o secuestrado, porque estaba en aquel preciso lugar a la hora en que se produjo el ataque», fueron las palabras exactas con las que el profesor comenzó su última clase antes de jubilarse. Ignacio Quintana llevaba más de cuarenta años en la docencia universitaria, y una buena porción de ellos como catedrático en el departamento de Oriente Medio de la facultad de Filosofía y Letras. Aquel hombre sabía cómo captar la atención del alumnado provocando su sorpresa con frases de este tipo. Frases impactantes con las que conseguía que la escucha de los estudiantes fuera una escucha activa, de calidad, cargada de la tensión justa para despertar el interés por seguir el argumento. Pero el profesor, en esa forma de contar, no incluía la mentira ni la tergiversación de un hecho. Buscaba conscientemente pulsar la emoción de sus alumnos para que amaran la materia que impartía, pero sin manipulación. De joven, el profesor había decidido importar el *storytelling* al ámbito de la educación universitaria, una técnica con origen en los asesores de imagen (*spin doctors*) de los presidenciables estadounidenses, desde que a Reagan le diera buen resultado. Había comprobado que aderezar la explicación con historias, relatos, metáforas y otros artefactos retóricos era muy útil para desplegar ante su alumnado un mundo maravilloso sobre su materia: el Oriente Medio, sobre todo Tierra Santa, su historia, su cultura, su literatura, sus tradiciones, sus religiones.

—Si el asalto de Hamás se hubiera producido veintiún días antes, yo estaría muerto o secuestrado, porque estaba en aquel preciso lugar a la hora en que se produjo el ataque —volvió a repetir el profesor frente a un alumnado sorprendido ante tal afirmación.

No, no era mentira. Era impactante, pero no contenía ni un ápice de mentira. Hamás había asaltado varios kibutz en Israel, fronterizos con Gaza, el 7 de octubre de 2023 a primera hora de la mañana y él había estado en el mismo lugar el 13 de septiembre.

El profesor continuó con su relato:

—Uno de los puntos principales del ataque fue el paso fronterizo de Erez, situado en el norte de Gaza y sur de Israel. Aquel 13 de septiembre yo estaba allí poco después de amanecer. El día era algo gris y hacía fresco a esas primeras horas de la mañana. Había llegado al check point de Erez a bordo de una furgoneta con otras ocho personas de distintas nacionalidades, todas más jóvenes que yo, y con un chofer palestino y un judío ortodoxo con su kipá en la coronilla y sus aladares rizados cayéndoles sobre los hombros.

Hizo una pausa no exenta de una teatralidad contenida:

—Once personas en total. La compañía de viajes que había contratado para hacer este viaje (ya la había contratado anteriormente para un viaje a Hebrón, visitando tanto a la parte israelí como la palestina, también llamada West Bank), solía combinar chofer y guía de los dos bandos. Si el guía era judío, el chófer era palestino, y viceversa. De esta forma, se enviaba a los pocos locos que nos aventurábamos a realizar «turismo de guerra» el mensaje de que la paz y la convivencia entre los dos pueblos era posible, quería escenificarse que podía ponerse en práctica algo que la política se empeñaba en hacer imposible.

— Se preguntarán ustedes por qué estaba allí —formuló el profesor retóricamente—. Esa es una buena pregunta, es la misma que nos hizo el guía cuando estábamos sentados en el pequeño bus los nueve participantes en la excursión. El guía nos dijo que de todos los miles de turistas que ese día iban a recorrer Israel visitando los lugares santos (Jerusalén, Belén, Cafarnaúm, Tiberiades, Caná, Nazaret…) o lugares históricos como Masada, con su extensión al Mar Muerto, o a las playas de Eilat en el Mar Rojo, solo nueve, nosotros nueve, habíamos elegido esa excursión, « pregúntense por qué» .

Tal interrogante quedó flotando en el aire del aula en el último día de clase del profesor e hizo que la mayoría de los troncos superiores de los casi cien alumnos que llenaban el aforo hasta la bandera se inclinaran hacia adelante, urgiendo de manera inconsciente una respuesta.

—En aquel momento no tenía una respuesta clara que darme, y ahora tampoco la tengo —confesó el profesor a sus devotos alumnos—, pero quizá tenga que ver con un punto de vista que hemos explicado alguna vez en nuestras clases: en la actualidad ya no se viaja; a nadie le interesa viajar realmente. Nadie quiere encontrarse en los barrios pobres o peligrosos de ninguna ciudad. La gente prefiere los grandes hoteles de Nueva York, Yakarta o Ciudad del Cabo, donde todos los hoteles de los barrios ricos se parecen hasta el extremo de que siempre parece el mismo sitio… Nadie quiere ir a una chabola donde se apiñan veinte personas bajo el umbral de la pobreza.

Hizo una pausa mirando al auditorio lentamente, casi persona a persona y continuó enfatizando en su tesis:

—El auténtico viaje solo se da desplazándose temporalmente entre clases sociales: que un chabolista pase una semana en el Palace tratado como un señor o que asista a una representación

de *Turandot* y acabe llorando de emoción al escuchar el *Nessum dorma* o que asista la presentación de un libro o la inauguración de una exposición y comente su punto de vista entre canapés y copas de champán. O que un rico que vive en la mejor y más elitista urbanización de Madrid vaya a pasar una semana a una chabola de la Cañada Real, y allí deguste la gastronomía gitana o asista a una pelea de navajas entre yonquis con redada policial y calabozo incluido. Sí, creo que eso es lo que me llevó a la frontera con Gaza aquel día, la necesidad de ver todo lo cerca posible otra realidad a la de un primer mundo encantado de haberse conocido…

Se quedó un momento pensativo, buscando las palabras y la forma de concluir un ciclo:

—Hoy es mi última clase, solo quedan quince minutos para que me pierdan de vista definitivamente. ¿Quieren preguntar algo? — En la voz del profesor no había dramatismo, solo cierta pena asumida.

En la mirada de todos los alumnos había una expresión de pena y frustración, por no tener el tiempo necesario para preguntar todo lo que hubieran deseado preguntar y saber. Muy pocos profesores tenían ese don. Una voz femenina, con ese tono apresurado que surge al vencer la timidez, dijo:

—Cuéntenos una última historia. Le vamos a echar de menos, profesor.

El profesor, como un abuelo entrañable que no se puede resistir a la petición de un bis de un nieto a punto de dormirse que le pide otro cuento, asintió con la cabeza y prosiguió:

—Se ha desatado el infierno entre Israel y Gaza: brutales bombardeos sobre Gaza. Destrucción total. Israel acumula trescientos mil soldados en la frontera, incluyendo reservistas, para una invasión terrestre que implicará una lucha calle a calle y casa a casa. Si al final se lleva a cabo la invasión terrestre, será el fin de

Gaza y de toda su población. Israel la ocupará y la incorporará a su territorio. ¿Cuál será entonces la respuesta de la comunidad internacional? ¿Lo permitirán? Del otro lado, Hamás no deja de lanzar cohetes sobre Israel, sobre todo sobre la zona que visité. Hamás tiene más de trescientos rehenes que se llevaron secuestrados en su retirada tras el asalto, y que amenazan con matar uno a uno y subirlo a las redes sociales. Los milicianos de Hamás que dieron el golpe el día 7 de octubre cometieron un montón de atrocidades. En el Kibutz Kfar Aza dejaron centenares de cadáveres, bebés incluidos, muchos de ellos mutilados, ya le llaman «el kibutz de los horrores» . Es horrible, dos bandos cargados de odio y deseos de venganza empleándose a fondo en causar al contrario horror y daño. ¿Cómo parar esto? ¿Qué solución tiene?

Tras enunciar la pregunta retórica continuó:

—Cuando estuve allí, a unos pocos metros del muro fronterizo, justo a la altura donde hay una instalación de la *Iron Dome*, en los campos de Nahal Oz, embarrancó nuestra furgoneta en el barro. Los participantes en la excursión nos pusimos a empujar para conseguir sacarla de allí, pero las ruedas patinaban y no pudimos. De pronto, de un cambio de rasante en el camino, a unos pocos metros apareció un tractor en cuyo remolque iban siete u ocho hombres vestidos con muchos colorines. Se bajaron todos y con su fuerza consiguieron desembarrancar la furgoneta. Les aplaudimos. Eran orientales y, por su color de piel, sin duda del sudeste asiático. Venían de un kibutz cercano. Ayer escuché en las noticias de la televisión que los milicianos de Hamás habían asesinado en un kibutz de esa zona a un montón de personas, incluyendo a siete tailandeses. Quizá fueran los mismos que hace un mes ayudaron a desembarrancar la furgoneta en la que yo hacía turismo de guerra en la frontera entre Israel y Gaza.

Los alumnos estaban inmóviles entregados a la narración

—Decir que cuando estaba allí, enfrente de Gaza, con apenas un kilómetro de campo abierto entre mi posición (dentro de Israel) y Gaza, tuve extrañas vibraciones difíciles de explicar. Por una parte, una sensación hipnótica con origen en ser consciente de dónde estaba (no podía dejar de observar el campo que me separaba de Gaza y el propio *skyline* de la ciudad de Gaza). Por otra parte, algo desenfocado que en aquel momento no pude definir, pero que días más tarde, mientras paseaba con mi perra por el parque, se enfocó en mi mente: allí, frente a Gaza, presentí las almas (espectros) transparentes de miles de muertos. Como pequeñas llamitas invisibles que cubrían los campos yermos que separan Gaza de Israel. No eran ondas de calor surgidas del suelo, eran doloridas almas silenciosas ardiendo como candelas. Testigos mudos de los años de muerte y desolación que han visto aquellos campos sin cultivar, donde solo germina la muerte bajo el riego de sangre y lágrimas. Esto fue antes del asalto de Hamás. ¿Qué presentí en aquel momento? ¿Lo ya pasado o lo por venir?

El profesor se quedó de pie, como un actor que acaba de terminar una representación teatral muy exigente, mirando a todos a la vez y, tras unos segundos que parecieron una eternidad, añadió:

—Respóndanlo ustedes. La clase ha terminado, el curso ha terminado, mi carrera docente ha terminado. Les deseo mucha suerte o quizá debería decirles que con actitud y trabajo todo les irá bien, y que lo verdaderamente importante (y les deseo) es que no tengan mala suerte, que no se cebe con ustedes la mala suerte.

Algunos alumnos se levantaron y aplaudieron, no pocos con lágrimas en los ojos. Habían aprendido mucho de aquel hombre, y no solo académicamente, sino de actitud ante la vida. Alguien más práctico entre el alumnado quiso preguntar algo sobre el examen final (siempre hay quien va a lo práctico, son los que

suelen hacerse ricos), pero sus compañeros ahogaron su intento, ahora se trataba de otra cosa, era convertir aquel minuto, el último minuto del profesor, en un homenaje sentido y cálido, en un recuerdo que lo acompañara y arropara en sus días de frío, que no tardarían en llegar teniendo en cuenta su edad. Una edad sin duda provecta desde los ojos de un universitario.

2

El profesor llegó a su casa, un ático en una tranquila urbanización en el paseo de los Reyes de Aragón, junto al Canal Imperial. Abrió el buzón donde figuraba su nombre, Ignacio Quintana. En la placa del buzón había un solo nombre grabado, el suyo. No había más ninguno en aquella placa, nunca los había habido. Pudo haberlos, pero no los hubo, esto es algo que el profesor consideraba un círculo inconcluso. En conversaciones con amigos, colegas y allegados, cuando venía a cuento, le gustaba explicar su teoría de los «Círculos inconclusos» . Según esa teoría, la vida es una cadena compuesta de múltiples eslabones, muchos eslabones. Tal vez, la mayoría están cerrados, bien soldados, no generan peligro, son estables y dan robustez a la cadena. Pero, a lo largo de la cadena de la vida, aparecen algunos eslabones que no llegan a cerrarse, no están bien soldados, y existe la posibilidad de que un día, por cualquier cuestión, uno de esos eslabones no cerrados se suelte rompiendo una cadena hasta entonces estable y funcional. El profesor sostenía que, la inmensa mayoría de las veces, esos círculos inconclusos, esos eslabones, tenían que ver con las relaciones afectivas: parejas, hijos y padres, amigos, etcétera .

Aunque lloviera o soplara con violencia el cierzo, siempre iba andando desde la universidad a casa y de casa a la universidad, y también subía y bajaba las escaleras a pie. Nunca tomaba el ascensor. Y cuando al llegar a la puerta de su casa metía la llave en el bombín, sabía que solo existía una copia de esa llave, no había dos ni tres ni cuatro, y que ya nos las habría. Ese pensamiento

recurrente, que se había acentuado con los años, empezaba en el buzón, seguía frente al bombín y lo respiraba durante algunos segundos dentro de la casa, como se respira el olor a tabaco frío al entrar en la habitación de un fumador. Poco a poco, el pensamiento se disipaba disuelto en el ritual cotidiano del desvestirse, ducharse, descorchar una botella de vino, prepararse una cena, salir a su terraza acristalada, confortable en invierno y en verano, con vistas sobre el canal y los reflejos de las farolas sobre el agua corriente.

Aquella noche, el ritual cotidiano no consiguió disolver del todo la melancolía, porque aquella noche no era una noche más, era la noche cuyo día había contenido su clase de despedida. Era la línea a partir de la cual se convertía en un profesor jubilado. Aunque alguien que ha sido profesor nunca se jubila, simplemente deja de tener alumnos.

Con la copa de vino en la mano, cogió la caja que contenía los cuadernos en los que escribía sus diarios desde hace más de doce años, ya llevaba dieciocho cuadernos escritos e iba por la mitad del diecinueve. No se trataba de una escritura diaria, pero sí frecuente , y cada cierto tiempo, cada medio cuaderno escrito, más o menos, lo transcribía a un ordenador. Una vez transcrito el cuaderno entero, se convertía entre treinta y cinco y treinta y seis folios de ordenador a una cara.

No tenía hijos, por lo que ese espejismo de inmortalidad, que algunos humanos vislumbran a través de la descendencia, le estaba vedado. Tal vez por eso había empezado a escribir estos diarios cargados de vivencias, pensamientos, reflexiones, cuando la vejez empezaba a asomar sus orejas, al cumplir cincuenta y siete años. Probablemente, la edad aumentaba su vértigo a la nada.

Cuando le mordía la melancolía (como hoy), con su vino en la mano y mirando discurrir las aguas del canal, cogía el tomo de

folios que contenía la transcripción consolidada de los diarios, lo abría al azar y leía lo escrito en aquel momento como si fuese un oráculo. Aquella noche, al practicar el ritual, el cuaderno se abrió en el 23 de abril de 2023, donde había escrito: «La permanente sensación de estar en una habitación en la que nada falta, pero en la que nada está a mi gusto. Siempre ha sido así: haya lo que haya en la habitación nunca está a mi gusto. No me enfado ni me enojo porque las cosas no estén a mi gusto, simplemente me pongo melancólico y pierdo la esperanza de que esta sensación cambie algún día; debe ser algo intrínseco a mí y sin ninguna solución, porque el problema está en que no sé qué debe haber o cambiarse de lugar para que esté a mi gusto. Rien à faire ». Sí, así se había sentido toda la vida.

Tras más de cuatro décadas dedicado a la enseñanza, la vida académica le había concedido su retiro y, con él, una sensación de desarraigo que no había anticipado. A los 68 años, sin esposa ni hijos, la universidad había sido el núcleo de su existencia. La rutina de las clases, los seminarios, las largas horas de investigación y los cafés compartidos con alumnos y colegas eran el eje de su vida. Pero ahora, tras la jubilación, esas mismas horas que antes se desbordaban de actividad quedaban desiertas. A su pequeño salón, repleto de libros y documentos, lo miraba con desdén, como un testigo mudo de lo que fue y ya no sería.

Ignacio se levantó lentamente de su sillón movido por el impulso de revisar los estantes que tantas veces había ordenado y desordenado en busca de ese libro perfecto para la clase de turno. La estantería, un reflejo de su vida estructurada, era un caos organizado. Libros de historia contemporánea, tratados de filosofía política, artículos de investigación y, escondidos en los rincones más velados, viejos informes que él mismo había redactado en su otra vida. Aquella vida que había decidido enterrar bajo capas de

conferencias, tesis doctorales y charlas sobre la historia reciente de Europa.

Caminó hasta el rincón más oscuro del salón. Allí descansaba un armario de madera de caoba como un gigante dormido. En su interior guardaba ciertos elementos de su tiempo en el Cesid, el Centro Superior de Información de la Defensa. Nadie en la universidad lo sabía, ni siquiera sus colegas más cercanos. Para todos, él era el historiador meticuloso, el académico incorruptible que había dedicado su vida a la investigación y la docencia. Pero en realidad, una parte de su vida, como si fuera un universo paralelo, había discurrido sobre otro tipo de cauce, una rambla mucho más ambigua que la docencia universitaria.

Con una mezcla de melancolía y curiosidad, y algunas trazas de aprensión, abrió el armario. Allí, en una caja polvorienta, se encontraban algunos de los efectos más importantes de la cara B de su vida: pasaportes falsos, notas cifradas y una vieja pistola que ya ni siquiera estaba seguro de saber manejar. De hecho, jamás había usado un arma contra nadie. Si había sido entrenado en el manejo de armas cortas, fue más bien por protocolo y precaución. Quizá no fue prudente conservar nada de eso, pero nadie entraba allí ni tenía acceso a las partes más recónditas y secretas de aquel armario. En su memoria se perfiló con nitidez su primera misión en Oriente Próximo, un conflicto que, pese a los años, parecía no haber cambiado. Los rostros, los nombres, las fronteras: todo aquello se repetía en la historia como un eco interminable y, sin embargo, él ya no estaba allí para intervenir. O al menos eso pensaba.

El sonido del teléfono lo sacó de sus recuerdos. Era un número desconocido, uno de esos que nunca se atreve a ignorar. Al otro lado de la línea, una voz pausada, con el tono neutral de la

burocracia, le recordaba el homenaje que le habían organizado en la universidad.

—Profesor Quintana, esperamos verlo mañana en el auditorio principal. Sus colegas y antiguos alumnos están deseando celebrarlo.

Ignacio respondió con una sonrisa tensa, aunque la idea de ser el centro de atención le provocaba una mezcla de incomodidad y hastío. No obstante, sabía que ese evento sería una última oportunidad de cerrar formalmente un ciclo de su vida, un cierre necesario.

3

La tarde siguiente, el aula magna estaba repleta. Sus exalumnos y compañeros lo saludaban efusivamente, pero Ignacio, desde su rincón, sentía que el homenaje era más una despedida simbólica que una verdadera celebración. Cada palabra de agradecimiento, cada elogio hacia su labor académica, le sonaba lejana, como si hablasen de otro hombre. ¿Había realmente dejado huella? ¿O todo aquello era un simulacro de reconocimiento? Difícil de discernir con certeza de cuál de las dos cosas se trataba. Si se pudiera elegir, él hubiera preferido dejar huella, no solo causar efecto. No es lo mismo, y él lo tenía claro, sobre todo después de haber leído las memorias que Albert Speer, arquitecto de Hitler y ministro de armamento del Tercer Reich, escribió en la cárcel de Spandau durante los veinte años de prisión a los que fue condenado en los juicios de Nuremberg. Ignacio nunca había olvidado el impacto que le causó leer el párrafo en el que un orgulloso Speer, que monta las escenografías y escenarios desde los que hablará Hitler, utilizando para la iluminación reflectores antiaéreos, banderas con la esvástica más altas que un edificio de diez pisos, colgadas entre columnas y armazones de madera, muestra a su profesor Tessenow, de quien había recibido clases en la Facultad de Arquitectura, uno de estos escenarios, y Tessenow le dice mirándole a los ojos: «¿Cree usted que ha creado algo? Causa efecto, eso es todo». A Ignacio le aterraba no haber dejado huella ni siquiera en su mundo profesional. Si solo había causado algo de efecto, ¿para qué había venido al mundo?

Al terminar el evento, un joven se acercó tímidamente. Era uno de sus antiguos estudiantes, ahora un investigador prometedor. Tras felicitarlo, mencionó algo que a Ignacio le sorprendió:

—Recuerdo una de sus clases, profesor, cuando hablaba sobre los conflictos en Oriente Próximo. Usted siempre nos dijo que la historia en esa región nunca se detiene. Me pregunto, ¿cuánto más queda por escribir sobre ella?

Ignacio le devolvió una mirada enigmática y se despidió con una palmadita en el hombro. Pero la pregunta quedó flotando en su mente. El eco de los aplausos resonaba aún en la cabeza de Ignacio Quintana cuando salió del aula magna, acompañado por un pequeño grupo de colegas y estudiantes, sus pupilos, que no habían dejado de felicitarlo tras su homenaje. La ceremonia había terminado hacía una hora, pero el ambiente de celebración seguía latente. El grupo caminaba hacia un restaurante cercano, un local de aire elegante y discreto que los profesores más veteranos solían frecuentar para las ocasiones especiales. El aire de la noche era fresco, casi reparador tras la sofocante calidez del evento.

—Ignacio, ¿te habías imaginado alguna vez que este día llegaría? —preguntó Sonia, una de las colegas más jóvenes del departamento, con una sonrisa cómplice, mientras lo cogía del brazo y le estampaba un beso en el rostro con franqueza juvenil.

—Todos sabemos que llegará, pero no es lo mismo saberlo que vivirlo —respondió el homenajeado sin perder su tono amable, aunque algo turbado por la espontánea muestra de afecto a lo que no estaba acostumbrado. En su interior crecía la distancia respecto a todo lo que había escuchado aquella tarde. Las palabras de gratitud y los elogios parecían haber sido dirigidos a otro, a una versión de sí mismo que ya no existía.

—Bueno, lo importante es que hemos podido darte el homenaje que te merecías, con la dignidad que corresponde a tu